

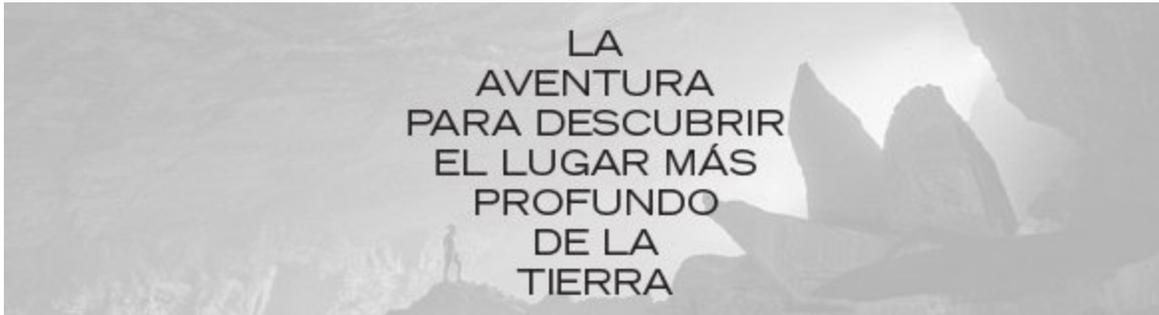
DESCENSO A CIEGAS

La aventura para descubrir
el lugar más profundo de la tierra

JAMES M. TABOR



DESCENSO A CIEGAS



JAMES M. TABOR



Esta traducción se publica mediante acuerdo con Random House, un sello de The Random House Publishing Group, una división de Random House, Inc.

Copyright de la edición original: © 2010 by James M. Tabor

Título original: *BLIND DESCENT. The quest to discover the deepest place on earth*

Traducción: Pedro González del Campo Román

Diseño cubierta: Rafael Soria

© 2012, James M. Tabor

Editorial Paidotribo
Les Guixeres
C/ de la Energía, 19-21
08915 Badalona (España)
Tel.: 93 323 33 11 - Fax: 93 453 50 33
<http://www.paidotribo.com>
E-mail: paidotribo@paidotribo.com

Primera edición:

ISBN: 978-84-9910-158-7
ISBN EPUB: 978-84-9910-415-3
BIC: WSZV
Fotocomposición: Editor Service, S.L.
Diagonal, 299 - 08013 Barcelona
www.editorservice.net

Este libro está dedicado a la tribu.

Bienvenido a las profundidades, donde lo más extraño son las personas que conoces.

— Hazel Barton, microbióloga y espeleóloga

Nada hay más poderoso que la atracción de un abismo.

— Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*

ÍNDICE

Prólogo

PRIMERA PARTE

STONE

SEGUNDA PARTE

KLIMCHOUK

TERCERA PARTE

JUEGO TERMINADO

Epílogo

Agradecimientos

Lecturas recomendadas

Notas

Índice alfabético

Sobre el autor

PRÓLOGO

En los albores del siglo xv creíamos que la Tierra era plana.

En los albores del siglo xxi creemos con la misma certeza que ya han finalizado los grandes descubrimientos en nuestro planeta. Ha pasado casi un siglo desde que Peary pisara por vez primera el Polo Norte y desde que Amundsen llegase al Polo Sur. Hillary y Norgay culminaron la cima del Monte Everest en 1953; Piccard y Walsh bucearon por las profundidades oceánicas en 1960. Armstrong y Aldrin pasearon por la Luna en 1969. Poco después, el hombre jugaría al golf y conduciría un buggy por ese mismo satélite. Es probable que aquello sonara a toque de difuntos para la era de los descubrimientos.

Pero quienes creían a pies juntillas que la Tierra era plana se equivocaron, como también lo hicieron quienes se lamentaron prematuramente del final de la era de los descubrimientos. Ahora que ha iniciado su andadura el tercer milenio, todavía nos aguarda un último gran descubrimiento terrestre: la caverna más profunda de la Tierra. La *supercueva*.

El mundo de la espeleología extrema es tan emocionante, difícil y peligroso como cualquier entorno de los exploradores de montañas, océanos, regiones polares o incluso el espacio exterior. Cuando empezó a tener noticia sobre el mundo de las supercuevas, Buzz Aldrin afirmó: «Antes creía que no había un entorno más hostil que la superficie lunar, pero ya no». Por tanto, ni Aldrin ni nadie deberían asombrarse de que se hubiera escalado el pico

más alto del mundo en 1953, pero que pasara el año 2000 sin que nadie hubiera llegado hasta el fondo del planeta.

Las cavernas son extrañas, insólitas y letales, pero al hablar de las supercuevas no podemos centrarnos sólo en la aventura. A Bill Stone, uno de los dos épicos exploradores de grandes cuevas que aparecen en este libro, se le puso la mosca detrás de la oreja cuando un entrevistador de National Geographic.com le preguntó cómo describiría esta rama de la «aventura».

«Primero, desechemos la etiqueta de aventura -le espetó Stone-, la exploración moderna, y eso es lo que yo hago, es un proceso sofisticadamente tecnológico muy distinto de lo que usted sugiere. El objetivo es ampliar los conocimientos y sus fronteras mediante la adquisición de nuevos datos». Ciencia, de eso se trata, y las cuevas son cornucopias científicas que profundizan en el conocimiento de áreas tan diversas como la prevención de pandemias, la formación de la Tierra, el origen de la vida extraterrestre, la búsqueda de nuevas reservas petrolíferas y la preparación de misiones a Marte.

Y, sin embargo, la exploración de las cuevas más profundas constituye la cima más alta de los relatos épicos sobre descubrimientos y aventuras de la que jamás se haya oído hablar. A pesar de todo su peso dramático, sus peligros y valiosas contribuciones a la ciencia, la espeleología extrema sigue careciendo en gran medida de defensores. Ello se debe en parte a que preferimos que los héroes no se despeinen y sean atractivos. Pensemos en nuestro gran icono en el campo de las exploraciones, Neil Armstrong: immaculado y puro con su armadura de caballero andante resplandeciendo contra el fondo gris de la Luna y el espacio insondable. Por su parte, a la espeleología le atañe un universo de suciedad, oscuridad y humedad.

Pero hay algo más. Desde el siglo XIX contamos con fotografías de montañeros, y también con películas de ellos desde hace casi el mismo tiempo. Existen buenas películas

sobre el mundo submarino desde la década de 1940. Y vimos a Neil Armstrong dar sus primeros pasos en la Luna. Sin embargo, a lo largo de casi toda su historia, la espeleología ha permanecido al margen de nuestro imaginario colectivo. Sólo muy recientemente la aparición de baterías sofisticadas y la tecnología de las imágenes digitales han hecho posible la introducción de cámaras en las grandes cuevas a cientos de metros de profundidad y a lo largo de innumerables kilómetros de galerías. Así, mientras montañeros, submarinistas y astronautas se dejaban mimar por las cámaras, los espeleólogos se batían el cobre en la oscuridad bajo la superficie terrestre.

De hecho, el mundo subterráneo sigue siendo el territorio geográfico más desconocido del planeta, considerado por algunos como «el octavo continente». Se nos han revelado montañas, profundidades abisales, la Luna e incluso los paisajes marcianos, y todos ellos han sido explorados por el ser humano o por sustitutos robóticos. Pero no ha sucedido así con las cuevas. Son el único reino al que sólo se puede acceder de primera mano, con la presencia real del ser humano.

Con el cambio de siglo, tres cosas cruciales han quedado claras sobre el último territorio de los descubrimientos terrestres. La primera probablemente se consiga en una década. La segunda es casi seguro que se conseguirá en dos ubicaciones: en la región de Abjasia de la República de Georgia, y en el estado de Oaxaca, al sur de México. Por último, sólo uno de dos posibles nombres encabezará el equipo explorador que se gane un puesto junto a figuras como Amundsen y Hillary en el panteón de las exploraciones. Son el ucraniano Alexander Klimchouk y el norteamericano Bill Stone, los cuales han dedicado sus vidas a la exploración de las profundidades de la Tierra.

Las grutas y cavernas invitan a la yuxtaposición de opuestos: luz y oscuridad, superficie y subterráneo, seguridad y horror. Alexander Klimchouk y Bill Stone han

cumplido ambos los cincuenta, pero son tan diferentes como puedan serlo dos hombres cualesquiera; ejemplos perfectos de esa lista de opuestos. Klimchouk es bajo y delgado. Stone es una torre de músculos. Klimchouk es callado, modesto y amigable. Stone es osado, presuntuoso y dominante. Klimchouk lleva décadas felizmente casado con la misma mujer. Stone se divorció en 1992 y ha mantenido desde entonces varias relaciones con mujeres fuertes, atractivas y voluntariosas, todas ellas vinculadas con actividades al aire libre. Actualmente, Stone está comprometido con la espeleóloga Vickie Siegel, y planea casarse en mayo de 2010. Sin embargo, ambos se *parecen* en dos aspectos clave: ambos son científicos y ambos son exploradores en el sentido clásico en que conocemos a Magallanes, Amundsen y Armstrong; gente dispuesta a arriesgarlo todo, incluso sus vidas y las de los demás, por otro gran descubrimiento.

Otros exploradores y científicos comprendieron la naturaleza histórica de estos descubrimientos. También asumieron que, por las razones antes expuestas, podrían pasar inadvertidos, lo cual sería doblemente trágico. Primero, porque quien lo arriesga todo por una meta merece todo el reconocimiento y las recompensas del mundo. Segundo y tal vez más importante, porque este descubrimiento no sólo sería histórico sino también triste, ya que marcaría el final de la búsqueda que durante milenios ha llevado a la humanidad a desentrañar los secretos más recónditos de la Tierra. Tan emocionante -y tal vez desquiciante- fue la perspectiva de llegar al final de esta epopeya que la revista *National Geographic*, habitualmente muy comedida, tomó prestada una frase de Julio Verne para describirla: «La carrera al centro de la Tierra».

En el amanecer del nuevo milenio, ya estaban dispuestos los decorados para el drama, como el que protagonizaron en sana competencia y con resultados históricos y

terroríficos Roald Amundsen y Robert Falcon Scott durante la conquista del Polo Sur.

Este libro narra la historia de la carrera emprendida para alcanzar el último gran descubrimiento, y también narra el relato de los hombres y mujeres que ganaron y perdieron.



primera
parte

STONE

PRIMERA REGLA. Nada es imposible (a menos que atentemos contra las leyes de la física).

SEGUNDA REGLA. Si puedes, atenta contra las leyes de la física.

-Bill Stone

UNO

ALTO.

Ha habido una muerte.

BILL STONE, A 800 METROS DE PROFUNDIDAD y a casi 5 kilómetros de la boca de una supercueva de México llamada Cheve, tuvo que detenerse. Un trozo de cinta métrica topográfica roja y blanca cerraba el paso del estrecho conducto por el que iba ascendiendo. El mensaje, garabateado en la hoja de un cuaderno, colgaba de la cinta a nivel del pecho y era imposible no verla. Flotando en la oscuridad absoluta de la caverna, el papel blanco brilló tanto a la luz del frontal de Stone que casi le deslumbra. Era poco antes de medianoche, viernes, 1 de marzo de 1991, aunque eso no significara nada en particular, porque siempre es de noche en las cavernas.

Stone, un hombre impulsivo con un doctorado en ingeniería estructural, medía un metro ochenta y cuatro, y pesaba 90 kilogramos de puro músculo. Era uno de los jefes (los otros dos espeleólogos veteranos eran Matt Oliphant y Don Coons) de una expedición que trataba de hacer el último gran descubrimiento, demostrando que Cheve era la cueva más profunda del mundo. Tenía el pelo castaño, el rostro alargado y anguloso, el cuello de toro, los ojos de un azul intenso y la nariz aguileña. Stone no era precisamente una belleza clásica, pero tenía un rostro chocante y poco delicado que hombres y mujeres por igual se paraban a mirar dos veces.

Ahora no, pensó. Después de casi una semana bajo tierra, estaba demacrado, ojeroso, pálido, con las mejillas ásperas por una barba incipiente y se parecía un tanto al Jesucristo que la gente siempre se imagina. Una semana bajo tierra es mucho tiempo, pero no demasiado para el baremo de una supercueva, donde no es inusual permanecer tres o más semanas en esos vastos laberintos subterráneos.

Junto con otros tres compañeros, se encontraba a medio camino de regreso a la superficie del punto más profundo conocido de la cueva, a 1.219 metros verticales y a más de 11 kilómetros de la entrada. La nota y la cinta pendían poco antes de llegar al Campamento 2 de la expedición, donde aguardaban otros cuatro espeleólogos. Le explicaron a Stone lo que había sucedido. Hacia la 1:30 de la tarde un espeleólogo de Indiana llamado Chris Yeager, de veinticinco años, había entrado en la cueva con un hombre de Nueva York, más mayor y con más experiencia, llamado Peter Haberland. Yeager llevaba dos años practicando este deporte y acceder a Cheve fue como si un escalador que sólo hubiera subido a las montañas de Vermont de repente se enfrentara al Everest. Y esta comparación no es del todo justa. Los expertos afirman que explorar una supercueva como Cheve es como escalar el monte Everest a la inversa.

No mucho después de llegar al campamento, los espeleólogos de más experiencia bautizaron a Yeager como «el niño». Muy preocupado por la seguridad de este joven, un espeleólogo experto y veterano llamado Jim Smith hizo sentarse a Yeager para lo que sería un sobrio discurso de treinta minutos: «No entres en la cueva sin un guía, lleva al principio sólo una mochila ligera, aprende la vía por etapas, “aclimátate” al mundo subterráneo antes de permanecer mucho tiempo». La advertencia cayó en saco roto. Yeager comenzó su primera excursión con una mochila de 25 kilogramos y pensando permanecer siete días allá abajo.

Los problemas para Yeager empezaron pronto. Sólo llevaba tres horas en la caverna, y no aseguró

correctamente a su arnés de escalada el rapelador de barras (un aparato de metal especializado que recuerda a un enorme clip con barras transversales, creado para deslizarse por cuerdas largas y húmedas llevando pesadas cargas). Como resultado, se le cayó. Este aparato es vital para la espeleología extrema, tal vez el segundo instrumento en importancia después de las linternas. Sin él, Yeager no podía continuar.

Yeager usó el de su compañero para descender al área donde había caído. Como este instrumento mide unos 46 centímetros y Cheve es una cueva vasta y compleja, de dimensiones casi inimaginables, fue como buscar una aguja en mil pajaes. Yeager tuvo suerte de encontrarlo, lo cual le permitió seguir descendiendo con Haberland. Sin embargo, no bajaron mucho más, porque se perdieron en seguida y no pudieron retomar la vía principal hasta cuarenta y cinco minutos después.

Pasadas siete horas, llegaron a la cumbre de un acantilado que había recibido el nombre de Precipicio de 23 Metros porque eso era exactamente lo que era, una caída libre que había que bajar rapelando. Para las dimensiones de una supercueva, donde abundan precipicios verticales de casi cien metros, esto no era más que un repecho. Haberland lideró el descenso, completando un sencillo rápel sin incidentes. Al llegar abajo, se soltó de la cuerda y se apartó para evitar cualquier roca que pudiera desprenderse en el descenso de Yeager.

Arriba, Yeager llevaba un equipo de descenso estándar, que comprendía un arnés de cintura similar al que usan los escaladores de roca, pero reforzado para soportar las duras exigencias de la espeleología. Un mosquetón de seguridad (un eslabón de aluminio, del tamaño de un paquete de cigarrillos, con un gatillo articulado en uno de sus lados) conectaba el arnés con su rapelador de barras, y éste con la cuerda. La cuerda serpenteaba entre las barras del rapelador como una serpiente deslizándose por los listones

de una escalerilla, ofreciendo suficiente resistencia a un espeleólogo muy cargado como Yeager para controlar la velocidad del descenso.

Antes de seguir adelante, Yeager tenía que pasar su rapelador de barras de la cuerda con la que había estado bajando a otra nueva que le llevaría hasta la base del Precipicio de 23 Metros. Hizo el cambio con éxito, se echó atrás para iniciar el rápel y se dio cuenta al instante de que algo iba mal. La cuerda no detuvo su inclinación hacia atrás, sino que siguió como si hubiera volcado una silla hacia atrás. De alguna forma, el arnés se había soltado del rapelador de barras, que todavía estaba unido a la cuerda.

Instintivamente trató de agarrar la cuerda y el rapelador de barras que se mecían en el vacío. Si no hubiera llevado mochila, o incluso si ésta hubiera sido ligera, es posible que se hubiese salvado aferrándose a la cuerda, o al anclaje asegurado a la pared, o tal vez pudiera haber descendido practicando rápel clásico. Pero eso hubiera requerido una fuerza casi sobrehumana y hubiera resultado extremadamente difícil incluso sin ninguna carga. Su mochila de 25 kilogramos imposibilitó el autorrescate y en un instante estaba cayendo al vacío. Su caída fue tan rápida que no tuvo tiempo siquiera de gritar.

Las rocas al caer se rompen y pueden rebotar como metralla. Peter Haberland se había alejado y puesto a cubierto detrás de un peñasco, por lo que no vio el aterrizaje de Yeager. Se dio cuenta de que algo iba mal cuando oyó el desplazamiento del aire y el impacto sordo de una larga caída interrumpida por roca firme. Rezando porque Yeager hubiera dejado caer la mochila, Haberland le llamó en voz alta, pero nadie contestó.

En cuestión de segundos Haberland encontró a Yeager al lado del cabo de la cuerda. Estaba en un charco de agua de siete centímetros de profundidad, a su derecha, con la cara parcialmente sumergida en el agua, los brazos estirados hacia delante como si tratara de alcanzar algo. El cuerpo de

Yeager estaba de costado, con la pierna derecha rota, el pie grotescamente girado 90° y apuntando hacia arriba. No tenía pulso ni respiraba, pero Haberland le giró el rostro para mantener la boca y la nariz fuera del agua.

Haberland se apresuró a llegar al Campamento 2 de la expedición, tras un descenso de 20 minutos, donde encontró a otros dos espeleólogos, Peter Bosted y Jim Brown. Dejaron una nota colgando de una cinta métrica topográfica roja y blanca y se apresuraron a subir hasta la posición de Yeager con un saco de dormir y un botiquín de primeros auxilios. Cuando llegaron, vieron que le había salido sangre por la nariz, pero no había más cambios aparentes. Intentaron reanimarlo sin éxito. Chris Yeager estaba muerto.

Entender con exactitud la naturaleza del accidente requiere un conocimiento detallado del equipo de espeleología. Sin embargo, la causa real no fue un fallo del equipo, sino un «error del piloto». Yeager entró en la cueva con demasiado peso, se fatigó, dejó de usar correctamente el material y, por último, no aseguró bien el mosquetón que unía su arnés con el rapelador de barras. Aparentemente no cometió este error una vez, sino dos, siendo el primero la causa de que perdiera el rapelador de barras al principio.

AL SABER LO SUCEDIDO, Bill Stone sólo pudo menear la cabeza desalentado. Le había inquietado la presencia de Yeager desde el primer momento. Yeager, su novia, Tina Shirk, y otro hombre que viajaba con ellos no formaban parte de la expedición original. Después de escalar varios volcanes, los tres habían viajado hasta el campamento base de Cheve. Shirk era una espeleóloga competente que había estado en Cheve el año anterior pero que, con una clavícula rota, no iba a emprender la expedición. El otro hombre había dicho a Shirk y a Yeager que había conseguido con antelación autorización para que Chris pudiera acceder a la cueva. Hay ciertas discrepancias al respecto, pero Stone, por una vez,

no sabía nada al respecto. Por lo que a él le concernía, el trío había «acabado» con la expedición.

La muerte de Yeager afectó a todo el mundo. Peter Haberland escribió más tarde en una revista de espeleología un artículo en el que admitió que «quedó conmocionado en aquel momento». Tina Shirk estaba destrozada. Otras reacciones oscilaron desde rabia por aquel novato demasiado intrépido, o pena por la muerte de un joven, hasta horror ante la realidad de que había un cuerpo descomponiéndose en la cueva. Por su parte, Bill Stone estaba entristecido por la pérdida innecesaria de la vida de un joven. Sentía rabia porque la muerte de Yeager dejaba entre manos a los guías y al equipo un asunto espinoso que sólo se podría resolver poniendo en peligro la vida de otros. Y, mucho se temía, no era sólo cuestión de recuperar el cuerpo de Yeager, sino que su muerte podría obligar a abortar la expedición. Estaban a punto de encontrar la forma de adentrarse en lo más profundo de Cheve y -no era absurdo pensarlo- también en la historia. Pero ahora parecía probable que la expedición se hubiera acabado antes de tiempo.

Stone estaba totalmente entregado a la expedición: económica, emocional y físicamente. La intensidad de su trabajo, y su estilo serio sin lugar para tonterías, no dejó ninguna duda al resto del grupo. Tenía 39 años y, si bien no se le había acabado el tiempo, sí que podía oír las manecillas del reloj sonando. Treinta y nueve años era el límite de edad para actividades como el montañismo extremo y la espeleología dadas las brutales exigencias físicas que imponen a sus practicantes.

Igual que un atleta olímpico que entrena toda una vida para jugarse la medalla de oro en unos pocos minutos, Stone sabía la preciosa oportunidad que le acababan de arrebatar. Era especialmente mortificante que se la hubiera robado alguien que, así lo creía él, no tenía nada que hacer en Cheve.

Además, al igual que un atleta olímpico, Stone era consciente de que esa oportunidad de oro podría no presentarse de nuevo en aquella supercueva llamada Cheve ni en cualquier otro lugar.

DOS

LA MUERTE TRIUNFA SOBRE TODOS. El resto de consideraciones tendrían que esperar. Yeager o, mejor dicho su cadáver, era ahora responsabilidad de la expedición, gustara o no. Las autoridades mejicanas, nunca del todo cómodas con esas grandes expediciones espeleológicas que causaban inquietud entre la población supersticiosa, no iban a estar nada contentas con esa muerte. Peor aún, podrían reclamar el cadáver, aunque sin aportar ninguna de las destrezas necesarias para recuperarlo por sí mismas. Ese trabajo recaería en Bill Stone, sus compañeros y los otros espeleólogos. El problema era que nadie había recuperado un cadáver a semejante profundidad en una cueva como Cheve.

Las grandes cuevas entrañan más peligros que cualquier otro tipo de entorno en que se practique la exploración extrema. Simplemente descender y ascender es exorbitantemente peligroso. Recuperar de las profundidades de una cueva un cuerpo, vivo o muerto, es mucho peor porque aumenta la magnitud de cualquier peligro. El mismo año en que murió Chris Yeager, una espeleóloga llamada Emily Davis Mobley se rompió una pierna a sólo cuatro horas y unos pocos cientos de metros verticales de la entrada de una cueva de Nuevo México llamada Lechuguilla, mucho menos peligrosa que Cheve. Se necesitaron más de cien rescatadores y cuatro días para traerla de vuelta a la superficie. Un experto calculó que cada hora de descenso de la espeleóloga sana equivalió a

un día de ascenso durante el rescate en Lechuguilla, el cual, como los espeleólogos dijeron, se caracterizó por «su verticalidad extrema».

«Verticalidad extrema» describe a la perfección el tiro de la cueva Cheve por el que habría que izar el cuerpo de Yeager. Desde la entrada, la cueva desciende como una escalera empinada de 914 metros verticales una distancia total de 3,5 kilómetros antes de nivelarse un tanto. No es un precipicio liso y uniforme. Esos 914 metros presentan innumerables irregularidades y formaciones geológicas, con un tramo nivelado, si bien la principal orientación de Cheve es vertical. Un pozo gigantesco de 152 metros. Como los escaladores de roca, los espeleólogos llaman a esos precipicios verticales «simas». Hay también simas más cortas -muchas, de hecho-, así como cascadas, arrastraderos, lagos, caos de bloques, y muchas otras formaciones, únicas y casi imposibles de describir excepto con una cámara.

En toda la cueva hay noventa simas que exigen bajar rapelando. Treinta y tres de ellas se hallaban entre el cadáver de Yeager y la superficie, incluyendo aquel monstruo de 152 metros. Por tanto, para subir todas y cada una de esas treinta y tres simas con un cuerpo echado sobre una camilla, los equipos de rescate tendrían que instalar sistemas de izado con cuerdas y poleas y contrapesos. Cuanto más grande la pared, más complejo el sistema de izado.

Montar estos sistemas de izado, sobre todo en grandes paredes, es más peligroso que rapelar y escalar de nuevo esas simas. El trabajo exigiría que los fatigados espeleólogos pendieran durante horas en la oscuridad, a veces bajo cascadas de agua helada, embutidos en arneses que se clavan dolorosamente en la carne, colocando tornillos y placas y poleas. Todo esto incluso antes de iniciar el izado, que entrañaría usar, entre otras tareas peligrosas y desagradables, los cuerpos de estos hombres como

contrapeso. Hay más problemas implicados en el rescate de un cuerpo, pero con lo dicho se tendrá un indicio de su complejidad.

Durbin, el padre de Yeager, llegó varios días después del accidente con otro familiar y un amigo espeleólogo de Indiana. El cadáver, mientras tanto, estaba a buen recaudo no lejos del lugar del accidente. Siguió una semana de discusiones entre los guías de la expedición y el contingente de Yeager. Stone, no es de extrañar, se puso del lado de la expedición. Él y los demás compartían la opinión de que arriesgar la vida de los miembros de la expedición para rescatar un cadáver era poco acertado. Stone, un escalador consumado, puso de relieve que los montañeros a menudo enterraban a sus compañeros *in situ*. (Por aquel entonces, unos 130 escaladores habían muerto en el Everest y la mayoría de sus cuerpos aún seguían en la montaña.) Stone también puso de relieve -sin delicadeza pero correctamente- que el rescate del cuerpo sería mucho más fácil si el cadáver pasara varios años en la cueva y se dejase desecar. Un equipo más reducido podría entonces recuperar los huesos con seguridad.

A esto siguieron acaloradas discusiones, sobre todo entre Stone, sus colegas y el amigo de Yeager procedente de Indiana. Finalmente se llegó a un acuerdo: nadie entraría en la cueva a rescatar el cuerpo. Durbin Yeager comprendió que un intento de rescate sólo conseguiría provocar más accidentes y, a regañadientes, aceptó que su hijo fuera enterrado en cueva Cheve.

Once días después del accidente, miembros de la expedición trasladaron el cadáver de Chris Yeager (en condiciones apenas imaginables) un poco más arriba hasta un balcón arenoso donde se había localizado un lugar adecuado para su inhumación. Excavaron una tumba, lo enterraron con una camiseta de la expedición, se celebró el funeral y pusieron una lápida con palabras escritas con hollín de una carburera.

El problema del cadáver estaba resuelto; sin embargo, las autoridades mejicanas siguieron inquietas. Las autoridades locales entendían que las expediciones podían hacer importantes descubrimientos, que a su vez estimulaban el turismo, como había sucedido, por ejemplo, en algunas áreas centroamericanas con las ruinas mayas y aztecas. Las expediciones también contribuían a equilibrar las finanzas de las economías locales, donde compraban suministros, alquilaban casas y contrataban a porteadores.

No obstante, los espeleólogos también causaban inquietud entre los lugareños, la mayoría de los cuales creían, a pesar de todos los esfuerzos de Stone y otros guías, que los gringos estaban robando oro y objetos preciosos. Los lugareños se oponían a las incursiones de los espeleólogos sobre todo por razones religiosas y espirituales. Para ellos, las cuevas eran el hogar de deidades, tan sagradas como las catedrales y mezquitas para cristianos y musulmanes. La idea de que extranjeros vivieran en ellas, defecaran, orinaran, tuvieran relaciones sexuales y dejaran allí basura resultaba muy ofensiva, tal y como nos parecerían esas actividades en el Vaticano o en la Gran Mezquita de la Meca.

La muerte de un espeleólogo fue más que suficiente para que todo se viniera abajo. Los espeleólogos sabían que la ley era distinta allá abajo. La gente iba a la cárcel por cualquier motivo y a veces sin motivo aparente. Y aunque tal vez hubiera lugares peores que las cárceles mejicanas, éstas estaban muy cerca de los últimos puestos de la lista.

Se ordenó a los guías de la expedición que declararan en una comisaría de la cercana Cuicatlán. Allí, el fiscal general del estado de Oaxaca le apretó las tuercas a Stone en una larga y dura conversación telefónica. Sorprendentemente, el funcionario le exigió que se personaran con el cuerpo de Yeager y hubo amenazas de prisión si no lo hacían. Al final, Stone le convenció de que era *muy* fácil que tuviera que llevar más cadáveres si insistía en ver el de Yeager. «Vale –

aceptó a regañadientes el fiscal general-, pero si muere alguien más a partir de ahora, un cuerpo *tendrá* que aparecer». Esto no se había exigido antes. Al parecer de Stone, todo eso era absurdo. También era, pensó con resentimiento, otra consecuencia de la imprudencia de Yeager.

Sorprendentemente, las autoridades no expulsaron al equipo de cueva Cheve ni de México y, por un corto intervalo de tiempo, Stone pensó que había capeado el temporal. Pero entonces se elevó una nueva petición de que se pusiera fin a la expedición, y llegó de una autoridad tan inevitable como la policía mejicana, aunque por distintos motivos.

La petición no procedía de Oaxaca, sino de Indiana. Los padres de Chris Yeager pensaban que era inapropiado que los espeleólogos pisotearan la tumba fresca de su hijo al subir y bajar por aquel pasillo arenoso. Cheve era ahora un cementerio; pasaría tiempo antes de que se reanudara la exploración activa de la cueva.

La expedición se atuvo a los deseos de la familia, aunque supuso el fin de un esfuerzo, apenas iniciado, por el que muchos habían sacrificado tiempo y dinero, y por el cual habían asumido repetidamente un gran riesgo personal. En honor a la verdad, si hubiera sido por Bill Stone, la expedición hubiera continuado. Al saberlo, algunos se quedaron de piedra. ¿Cómo podía querer continuar - después de todo, no era más que una *cueva*- con el cadáver todavía fresco de un joven fallecido allí mismo recayendo sobre su conciencia?

Stone se movía con otras coordenadas. Le gustaba poner de relieve que los barcos que antiguamente viajaban al Nuevo Mundo perdían habitualmente el 30% o más de la tripulación. Tampoco otras muertes habían detenido a exploradores como Scott, Amundsen o Lewis y Clark. Por no hablar de esfuerzos más recientes -de los cuales se burlaba públicamente- como la tímida aproximación de la NASA a la

exploración espacial. Pero la decisión tomada en Cheve no dependía únicamente de él.

A medida que se supo de la muerte de Chris Yeager y sus secuelas, se levantaron ampollas en la comunidad espeleológica. A una minoría seria y científica, familiarizada con los precedentes sentados en la historia de la exploración, le parecía aceptable el entierro en la cueva. Una mayoría mucho más nutrida y desinformada lo concebía como algo horroroso. Hacia el verano, sin embargo, la controversia se había enfriado, desviando la expedición y la muerte de Yeager del punto de mira. Stone, aliviado, pensó que el incidente había quedado atrás.

Pero no fue así. A comienzos de 1992, el amigo de Yeager de Indiana, con la ayuda de Tina Shirk, organizó una expedición para recuperar el cadáver. Tuvieron la fortuna de contar con la asistencia de un equipo de expertos espeleólogos polacos, que devolvieron el cuerpo de Yeager a la superficie en tres días. Los polacos eran muy buenos, pero el rescate resultó más fácil de lo que habría sido un año antes por la misma razón que Stone había dado a Durbin Yeager. La descomposición había hecho su trabajo y el cuerpo, si bien no era todavía puro esqueleto, se trasladó en pedazos.

Una vez más, las noticias sobre el «execrable incidente de Chris Yeager», tal y como Stone llegó a pensar en él, avivaron el fuego de la controversia. Muchos espeleólogos norteamericanos, Stone entre ellos, se sintieron ultrajados porque un equipo de advenedizos extranjeros hubiera invadido «su» cueva. Otros, sobre todo los amigos y la familia de Yeager, financiaron el esfuerzo.

El hecho de que otros dos guías y el padre de Chris Yeager hubieran estado de acuerdo en la decisión original de dejar el cuerpo allí pareció haberse olvidado por el camino. En parte se debió a que la brusquedad y franqueza de Stone ayudaron a convertirle en el blanco natural de las críticas. Varios periodistas que pasaron períodos relativamente

cortos con Stone le consideraban menos que conciliador. Sus artículos publicados en revistas muy leídas y con gran influencia, como *Outside*, *National Geographic Adventure* y *The Washington Post Magazine*, reflejaron esa visión, describiéndole como «dominante, obsesivo y pomposo».

La personalidad tipo A de Stone, su impulsividad, también le alienaron un poco de la comunidad espeleológica. Dos de los espeleólogos entrevistados al comienzo de mi investigación para este libro dieron respuestas idénticas cuando se citó el nombre de Stone: «Es un capullo». Y un tercero añadió: «Muere gente en sus expediciones».

Pero es importante reparar en que la mayoría de los que han bajado con él al fondo de la Tierra elogian su coraje, inteligencia, fuerza y, sobre todo, su perseverancia indomable que, década tras década, le permitieron perseguir una meta que, cada vez que él se aproximaba, se alejaba como un espejismo.

No predispuesto genéticamente a las galanterías, Stone también heredó dos rasgos de la personalidad que a menudo se encuentran en los triunfadores y también en los exploradores: el clásico macho alfa con personalidad tipo A. Una característica especialmente destacable de la personalidad A es la impaciencia patológica impulsada por una sensación enloquecedora de urgencia. Sigue siendo una pregunta abierta: ¿qué encajan peor estas personas, a los estúpidos o las dilaciones? Para ellos, desde cortar el césped hasta la organización de grandes expediciones constituyen una carrera contra el tiempo, tiempo que siempre parece que se les esté acabando.

Meticulosidad aparte, las tendencias de la personalidad tipo A de los machos alfa les confieren ciertas ventajas, como la voluntad –la *necesidad* dirían algunos– de asumir retos que a los demás, en el mejor de los casos, nos resultan incomprensibles o una locura, como, por ejemplo, pasar treinta años persiguiendo la cueva más profunda de la Tierra. Mucho antes de que acabara el siglo XX, fuentes bien

informadas comenzaron a establecer comparaciones entre Bill Stone y el brillante escalador italiano Reinhold Messner, siempre desafiando la muerte y el montañero más grande de todos los tiempos.

La comparación tiene mérito, pero hay uno de sus corolarios que se menciona con menos frecuencia. La grandeza verdadera pocas veces se logra sin daños colaterales. Al igual que Messner, Stone perseguía metas olímpicas con una pasión obsesiva e incondicional y el precio fue considerable: matrimonios, familia, amantes, seguridad, amistades y también la vida de amigos.

Stone denegó bruscamente y sin excusas mi petición de acompañarle en una de sus expediciones a su supercueva mejicana como parte del trabajo de documentación inicial para este libro. Lograr un primer encuentro con él me llevó meses, en parte por su calendario frenético, y en parte porque no le emocionaba nada la idea de malgastar preciosas horas de su tiempo con un escritor. Cuando finalmente me concedió una entrevista, me costó no esperar de él una extraordinaria combinación del capitán Ahab, el señor Kurtz y Spiderman.

Y tal vez no tendría por qué sorprenderme. Después de todo, ¿qué hombre normal lo sacrificaría todo por el privilegio de descender al infierno?

TRES

EN REALIDAD, PARA UN EXPLORADOR COMO STONE, Cheve se parecía más al cielo que al infierno. Desde cualquier óptica que se contemplara, era una cueva extraordinaria. También el mundo cuenta con una pareja extraordinaria, procedente de California, a la que agradecer su descubrimiento en 1986. En diciembre de aquel año, estaba remitiendo la lluvia radiactiva de Chernobil; las repercusiones del Irancontra sobre Reagan no habían hecho más que empezar, y, mientras sus amigos envolvían regalos de Navidad en California, Carol Vesely y Bill Farr se daban la paliza en un bosque remoto de Sierra Juárez, a la búsqueda desesperada de una supercueva. Estaban allí por consejo de otro espeleólogo, Peter Sprouse, que había hecho un exhaustivo estudio de los mapas topográficos de la zona.

Las grandes cavernas, enormes monstruos geológicos de kilómetros de longitud y cientos de metros de profundidad, son al mundo subterráneo lo que los ochomiles al montañismo. Su exploración requiere grandes y costosas expediciones, múltiples campamentos subterráneos y semanas de permanencia bajo tierra. En realidad, las supercuevas son más escasas que los ochomiles, que son catorce. En 1986, Vesely y Farr podían contar con los dedos de una mano las cuevas que aspiraban al título de más profunda del mundo.

Como cualquier escalador serio, Vesely y Farr estaban en forma, dominaban la técnica, eran aguerridos e iconoclastas. Sus vidas giraban en torno a la espeleología.

Vesely era profesora sustituta «profesional», porque así gozaba de libertad para dedicarse a su pasión verdadera: el descubrimiento y exploración de cuevas. Farr, ingeniero informático, firmaba contratos de trabajo que le permitían disfrutar de meses de tiempo libre. La espeleología era su verdadero oficio. Lo otro le servía para pagar recibos.

Vesely, una rubia chiquita, por entonces de veintinueve años, y Farr, coriáceo y enérgico, de veintiséis, sabían que la supercueva definitiva -la más profunda de la Tierra- estaba todavía por descubrir. Toda aquella zona era lo que los geólogos llaman un área kárstica, un paisaje de piedra caliza. La geología y las copiosas lluvias locales creaban las condiciones idóneas para la formación de cavernas gigantes.

Por eso, aquella visita navideña, que les dejaba sin resuello al respirar el sutil aire de una montaña a 2.743 metros, a 30 kilómetros de la ciudad más cercana y a un día en coche del Golfo de México. A nivel del mar en Oaxaca el clima era tropical. Allí arriba, había un frescor agradable.

Después de varias horas caminando por la selva, Vesely y Farr se toparon con una gigantesca depresión de unos 800 metros de largo y el triple de ancho. Una señal de bienvenida más que prometedora. Las depresiones se crean allí donde el agua que corre bajo tierra erosiona la caliza subterránea, provocando el hundimiento de la superficie; grandes depresiones preludian grandes cuevas. Siguieron bajando por una antigua pista forestal y empezaron a seguir una corriente de agua que se perdía en el bosque y continuaba monte abajo. Esperaban que la corriente terminase guiándolos hasta una cueva. Los dos percibían que había algo grande a la vista y pronto echaron a correr, sorteando los pinos que se alzaban como gigantescos postes de un eslálom mientras seguían el curso de la corriente.

-¿No sería genial encontrar la entrada de una cueva realmente grande como las que hay aquí en México? -jadeó

Vesely. Se refería a una caverna lo bastante grande como para que cupiera un Boeing 747. En ese instante, se detuvieron al borde de un acantilado. La corriente caía a chorro por él hasta una hermosa pradera verde 7,6 metros más abajo. No cabía duda, a unos 400 metros, en el extremo de una pradera, se veía la entrada de una gigantesca cueva mejicana.

Parecía la oscura boca de un gigante con los dientes serrados, de varios pisos de altura y lo bastante ancha como para que aparcaran dos autocares pegados. Tanto Vesely como Farr estuvieron tentados de echar a correr pradera abajo y meterse dentro, pero sabían lo que había que hacer. No era lo mismo que hallar una nueva vía para subir una montaña, que los escaladores pueden planificar con mapas, telescopios y fotografías. Vehículos de control remoto permiten conocer de antemano el fondo marino. Incluso Armstrong y Aldrin vieron con antelación fotografías del Mar de la Tranquilidad, donde alunizarían.

Pero espeleólogos como Vesely y Farr no podían estudiar la vía ni prever los peligros, una lista parcial de los cuales comprendía ahogamientos, caídas mortales, morir enterrados o de asfixia o hipotermia; soportar vientos huracanados; morir por electrocución, por derrumbamientos provocados por terremotos, o envenenados por gases y paredes que sudan ácido sulfúrico o hipoclorhídrico. También hay murciélagos impredecibles, serpientes, escorpiones, arañas troglodíticas, radón y microbios que causan enfermedades espantosas, como histoplasmosis y leishmaniasis. Se cree que la cueva Kitum en Uganda fue el origen del virus de Ébola.

Entre los peligros relacionados con las técnicas y el equipamiento para espeleología tenemos el estrangulamiento con el propio equipo (cuerdas primaria y secundaria, el rapelador de barras y las conexiones de los ascendedores, etc.); la rotura de cuerdas; quedarse sin luz; rapelar hasta el final de la cuerda y caer al vacío; que los

ascendedores no muerdan cuando la cuerda tiene barro; quedar colgando de un pie (tan desagradable como suena), y muchas cosas más, no por menos habituales, menos desagradables.

Un último peligro, tan evidente que resulta fácil olvidarlo, merece nuestra atención: perderse en una caverna.

Las grandes cuevas también comportan peligros intrínsecos, como la sensación de claustrofobia, la ansiedad, el insomnio, las alucinaciones y los trastornos de la personalidad. También hay un trastorno de aparición especialmente lenta que es exclusivo de las cuevas y se llama delirio, una suerte de crisis de angustia como la causada por metanfetaminas. Sobreviene en cualquier tramo de una cueva, en cualquier momento, pero sobre todo cuando los espeleólogos están a gran profundidad.

Y, por supuesto, existe otro peligro que, al igual que perderse, suele olvidarse porque es omnipresente: la oscuridad eterna y absoluta. La oscuridad total, sin un fotón de luz, el equivalente lumínico al cero absoluto.

Vesely y Farr conocían todos estos peligros y, aun así, su conocimiento no los detuvo ni un instante. Trotaron pradera abajo y, al acercarse, vieron que la boca de la cueva era *enorme*, incluso más grande de lo que parecía desde lejos. Más tarde la medirían, 30 metros de ancho y 7,6 metros de alto, pero incluso la entrada quedó empequeñecida con lo que hallaron dentro. La Sala de Entrada, como la llamaron, medía 68,5 metros de ancho, 30 de alto y 198 de largo, lo bastante grande como para aparcar tres Boeing 757 y todavía quedar sitio libre.

La Sala de Entrada formaba una pendiente regular de 183 metros con una inclinación de 30°, la pista ideal para un esquiador experto. El piso era un caos de peñascos con aristas que se habían desprendido del techo a lo largo de miles de años y seguían haciéndolo de forma impredecible. El descenso por aquel laberinto fue como bajar de noche una montaña mojada y plagada de coches de desguace.